

QUÉ DEBEN SABER LOS INVESTIGADORES AUSTRIACOS SOBRE LÓGICA (Y POR QUÉ)

STEVEN YATES*

Traducido por Cristóbal Matarán

1

¿Por qué es la lógica, generalmente concebida como una rama de la filosofía, importante para los investigadores austriacos; la mayoría de los cuales son economistas y no filósofos? El propósito de este artículo es resumir un número de razones y extraer algunas conclusiones. Merece la pena observar primero, que *An Introduction to Economic Reasoning*, de David Gordon, posiblemente el único texto de ciencia económica escrito desde el punto de vista de la Escuela Austriaca; comienza con una breve discusión sobre la lógica deductiva como primera herramienta de la ciencia económica. ¿Qué es lo que hace que la lógica deductiva sea tan buena herramienta? Gordon escribe:

«Dado un enunciado verdadero, podemos, utilizando la deducción, obtener otros enunciados verdaderos de él. Estos nuevos enunciados no sólo son verdaderos —¡su verdad está garantizada! Si los enunciados de los que partimos son ciertos, entonces nuestras conclusiones son también verdaderas... Una argumentación de la cual la conclusión está deducida correctamente de las premisas se llama argumento válido. Si podemos (de alguna forma) llegar a premisas verdaderas, entonces se nos garantizan conclusiones verdaderas». (Gordon 2000, pp. 1-2).

* STEVEN YATES es profesor adjunto de filosofía en la Universidad de South Carolina Upstate y en la Universidad de South Carolina Union. Este artículo se ha beneficiado, por fortuna, de una serie de críticas de Jörg Guido Hülsmann, pese a lo cual quedo como responsable de cualquier falta de claridad y de errores que pueda aún contener.

Esto plantea dos cuestiones: (1) ¿Qué relación entre las premisas y las conclusiones garantiza que, si las primeras son verdaderas, éstas últimas deben ser verdaderas? (2) ¿Cómo se puede saber que las premisas son verdaderas? Si podemos contestar a la (1), podemos hacer lógica «formal» o «menor». Si podemos contestar tanto a la (1) como a la (2), podemos añadir lógica «material» o «mayor»¹.

En primer lugar, no obstante, ¿qué es la lógica? Diferentes textos modernos y contemporáneos ofrecen una variedad de respuestas. Morris Cohen y Ernest Nagel (1934, p. 5) escriben en su clásico *An Introduction to Logic and Scientific Method*: «Se puede decir que la lógica se ocupa de la cuestión de la adecuación o el valor probatorio de diferentes tipos de pruebas». De uno de los más extensamente utilizados textos contemporáneos, el de Copi y Cohen (1994, p. 2) se extrae que: «La lógica es el estudio de los métodos y los principios utilizados para distinguir los razonamientos buenos (correctos) de los malos (incorrectos)». Estas observaciones nos permiten señalar aspectos centrales de la cuestión —es decir, como mínimo, el estudio de las reglas que gobiernan el razonamiento correcto, cuyas violaciones se llaman *falacias*. Sin embargo, la lógica es más: más que una rama de la filosofía; se halla en el núcleo de un conjunto de disciplinas que incluye matemáticas, geometría y praxeología. Todas ellas comparten un solo rasgo principal: sus proposiciones fundamentales son captadas intelectualmente y, por tanto, conocidas como verdad *a priori*. La lógica es suficientemente amplia como para «soportar» éstas en virtud de su capacidad para estudiar lo que significa decir que las proposiciones se comprenden intelectualmente y son conocidas *a priori*. El filósofo y teólogo tomista francés Jacques Maritain definió la lógica de la siguiente forma:

«La lógica estudia la razón en sí misma como un instrumento de conocimiento, o como un medio para adquirir y poseer la verdad. Puede definirse como: *el arte que dirige el mismo acto de razonar, el cual nos permite avanzar con orden, facilidad y corrección en el acto de razonar mismo*». (Maritain 1946, p. 1)

¹ Estos son términos de Jacques Maritain; cf. en adelante.

Maritain continúa discutiendo cómo la lógica no sólo:

«procede de conformidad con la razón... sino que tiene que ver con el acto de la razón mismo... La *razón* no es otra facultad del *intelecto* (el *entendimiento*): sino desde el punto de vista del funcionamiento de esta facultad, se llama más específicamente el *intelecto* cuando ve, capta o «aprehende», y más específicamente la *razón* cuando procede a través de una disertación desde la aprehensión de una cosa conocida a otra». (Íbid).

La lógica es, así, un esfuerzo fundacional (no obstante, los contemporáneos atacan el «funcionalismo»)². El objeto de la lógica incluye proposiciones de generalidad completa (identidad, contradicción). Los lógicos pueden reflejar en sus métodos e indicar cómo esos métodos se aplican a otras disciplinas y dominios. Esto provee así no sólo un trabajo preliminar para la ciencia económica tal y como la entienden los pensadores de la Escuela Austriaca, sino que ofrece un terreno común para con otras disciplinas, incluidas la filosofía y dos de sus ramas principales: la metafísica y la epistemología.

Frecuentemente, el razonar se manifiesta como *argumentos* — conjunto de proposiciones en las cuales algunas (llamadas premisas) son utilizadas como prueba para respaldar otra proposición (llamada la conclusión). La lógica emplea reglas específicas de inferencia para evaluar lo adecuado de los resultados, como observan Cohen y Nagel. Los argumentos deductivos, discutidos por Gordon (2000, capítulo 1), buscan un cierre lógico. Un argumento deductivamente válido está estructurado de tal forma que las premisas verdaderas garantizan una conclusión verdadera: (1) anterior. Las premisas en una argumentación inductiva sólo respaldan sus conclusiones hasta cierto grado de probabilidad. De acuerdo con Ludwig von Mises, la praxeología es una ciencia deductiva; sus proposiciones son deductivamente inferidas a partir del principio de la acción, captadas intelectualmente y conocidas como verdades *a priori*: (2) anterior.

De ello se desprende, en primer lugar, que los investigadores austriacos deben saber algo sobre lógica deductiva; qué es, cómo se

² Como ejemplifica Rorty (1979).

estructura un argumento deductivo y cómo se aplica la deducción. Estas son las *primeras* y más obvias cuestiones que los investigadores austriacos deben saber sobre lógica. Yo diría que el estudio de la lógica a la luz de muchos de los logros de la Escuela Austriaca de economía provee unas ideas mucho más profundas. (1) implica los cánones a los cuales Gordon se refiere al identificar las reglas que gobiernan la validez deductiva —asegurando que premisas verdaderas garantizan una conclusión verdadera. Estas reglas son típicamente designadas con nombres como *modus ponens*, *modus tollens*, silogismo hipotético, silogismo categórico, instancia, etc. Los investigadores austriacos deben conocer algo de estos como parte de su conocimiento general.

(2), sin embargo, implica algo más fundamental y por tanto más central en la Escuela Austriaca. ¿Cómo puede asegurarse que nuestras primeras premisas son, tanto verdaderas, así como conocido que son verdaderas; en oposición a mera creencia? En otras palabras, ¿qué estamos diciendo cuando decimos que hemos captado la verdad del principio de acción intelectual, o por comprensión reflexiva? Sin abordar esto, la Escuela Austriaca no puede reclamar haberse movido más allá de la opinión. No ayuda decir que las verdades de la lógica, las matemáticas o la praxeología son auto-evidentes (como Mises desafortunadamente hace a veces). La *auto-evidencia* es una noción peligrosamente psicológica (el *psicologismo* es la doctrina según la cual los principios de la lógica son reducibles a los principios de la psicología). Lo que es auto-evidente para A puede que no sea en absoluto auto-evidente para B y puede parecer rotundamente absurdo para C. Lo mismo ocurre con la *certeza*. La *certeza* también es una operación psicológica en lugar de una lógica; no indica conocimiento, sino una fuerte creencia. Puedo estar tan seguro como pueda estarlo de que lloverá mañana; de lo cual no se deriva que de hecho no llueva mañana. Uno puede tener certeza y estar equivocado. Necesitamos estar seguros de permanecer dentro del dominio de la lógica, del rango de investigación y del vocabulario. Por tanto, debemos hablar no de certeza sino de *necesidad* —una relación entre las proposiciones que siguen a partir de proposiciones que antecedieron con el cierre de la deducción estricta. Debemos preguntarnos: ¿son las proposiciones que uno intelectualmente aprehende (en el sentido anterior

de Maritain) tan universalmente válidas como un componente de la correcta comprensión reflexiva? Tales proposiciones serían autovalidables en el sentido de que nos encontraríamos teniendo que emplearlas inclusive en un intento para ponerlas en duda o hasta negarlas. Estas serían aquellas proposiciones de una generalidad completa mencionadas anteriormente, pertenecientes a los *fundamentos* de la lógica.

2

Aseveraría, por tanto, que la *segunda* cuestión que los investigadores austriacos deben saber sobre lógica tiene que ver con los fundamentos de la lógica —especialmente porque sus resultados ofrecen perspectivas para el revolucionario y prolongado estudio científico de la persona que actúa. Tal cambio en la perspectiva mantiene la esperanza de revertir la dirección autodestructiva que, tanto la filosofía como la ciencia económica (entre otras disciplinas), tal y como se practica en las universidades; han mantenido durante los últimos ciento cincuenta años.

Veamos cómo surgen las cuestiones relacionadas con los fundamentos de la lógica en el trabajo de Mises.

Mises no nos ofrece una definición explícita de lógica o desempaqueta su naturaleza básica, y mucho menos considera sus fundamentos. Pero mucho de lo que tiene que decir en las cruciales cien primeras páginas, más o menos, de *La acción humana* implica claramente eso. Otros escritos tales como *Problemas epistemológicos de la economía* y *El fundamento último de la ciencia económica* también llaman a una filosofía de la lógica que puede ser elucidada como un componente esencial de un más amplio *paradigma de la Escuela Austriaca* de economía como un caso especial (Mises 1976 y 1962). Lo que distinguiría este paradigma es su apriorismo —su insistencia, esto es, de que existen proposiciones cuya verdad es captada intelectualmente y no empíricamente, y que entre ellas están las verdades fundamentales de la praxeología, como el principio de acción. La cuestión historiográfica de dibujar los antecedentes históricos de la Escuela Austriaca está bien avanzada (Smith 1994; Gordon 1996; Rothbard 1997; pp. 173-94). La tarea de trazar sus

antecedentes filosóficos y sus consecuencias acaba de empezar (Smith 1990, pp. 263-88). Por tanto, consideremos en primer lugar aquellos aspectos del trabajo de Mises que apuntan hacia una filosofía apriorística de la lógica.

La acción humana toma a la persona que actúa en cualquier entorno en el que se encuentre como punto de partida: la lógica y sus fundamentos entran en el cuadro inmediatamente, implícito de forma deducible en este punto de partida. Mises escribe en uno de sus pasajes más relevantes:

«El problema del conocimiento *a priori* [...] se refiere al carácter constitutivo y obligado de la estructura de la mente humana.

Las relaciones lógicas fundamentales no pueden ser objeto de demostración ni de refutación. El pretender demostrar su certeza obliga a presuponer su validez. Es imposible explicarlas a quien, por sí solo, no las advierta. Es vano todo intento de precisarlas recurriendo a las conocidas reglas de la definición. Estamos ante proposiciones de carácter primario, obligado antecedente de toda definición, nominal o real. Se trata de categorías primordiales, que no pueden ser objeto de análisis. La mente humana es incapaz de concebir otras categorías lógicas diferentes. Para el hombre resultan imprescindibles e insoslayables, aun cuando a una mente sobrehumana pudieran merecer otra conceptualización. Integran ineludibles presupuestos del conocimiento, de la comprensión y de la percepción. [...]

La mente humana no es una *tabula rasa* sobre la que los hechos nos graban su propia historia. Al contrario, gozan de medios propios para aprehender la realidad. [...]

El que el hombre carezca de capacidad creadora bastante para concebir categorías disconformes con sus ilaciones lógicas fundamentales y con los principios de la causalidad y la teleología impone lo que cabe denominar *apriorismo metodológico*». (Mises 1966, pp. 34-35, [pp. 42-43].

Mises no ha escrito aquí un sistema de lógica, sino que ha apuntado (de forma incompleta) hacia los fundamentos de la lógica —de una forma que también implica una epistemología y la descripción de una metafísica o teoría de la realidad que puede continuar desarrollándose. Estos resultados, discutiría, atan la Escuela Austriaca con la clásica tradición aristotélico-tomista. En cierto

sentido, Mises ha construido implícitamente su sistema económico sobre un paradigma intelectual capaz de incluir ambos.

En los fundamentos de este paradigma se encuentran los principios de identidad y contradicción —las aristotélicas «leyes del pensamiento», las cuales construidas de forma realista no deben ser vistas como leyes del correcto pensamiento sino de la realidad. Estas leyes son captadas intelectualmente. También son absolutamente generales. No se aplican a tal o cual estado de cosas, sino a todos los estados de cosas reales o imaginables. Aristóteles (1941, pp. 735-43) argumentó originariamente que la comprensión del principio de contradicción es para aprehender que su negación es incomprendible. Mises (1966, p. 35, [2011, p. 43]) continúa: «La idea de que *A* pudiera ser al mismo tiempo *no-A*, o que preferir *A* a *B* equivaliera a preferir *B* a *A*, es para la mente humana inconcebible y absurdo». ¿Implica esto —tanto para Mises como para Aristóteles (y santo Tomás de Aquino)— que los principios son válidos universalmente para la realidad así como para el pensamiento humano? Aquí se arrastra una posible ambigüedad. Por un lado, muchos investigadores (como Hoppe) se han referido a la dimensión kantiana en el pensamiento de Mises. Indudablemente Mises estudió a Kant. Mises utiliza el término *categoría*, en oposición a mi *proposición*, como sugiere Kant. Tenemos arriba la implicación de que las proposiciones como fundamentos de la lógica (y todas sus implicaciones tal como el principio de acción en sí mismo) pueden ser aprehendidos de forma diferente por un «súper ser humano —como Dios— y son por tanto únicos para los seres humanos. Tal y como Mises lo expresa:

«Carece de sentido inquirir si las cosas, en sí, son distintas de cómo a nosotros nos parecen; si existen universos inaccesibles e ideas imposibles de comprender. Esos problemas desbordan nuestra capacidad cognitiva. El conocimiento humano viene condicionado por la estructura de nuestra mente. Si, como objeto principal de investigación, se elige la acción humana, ello equivale a contraer, por fuerza, el estudio a las categorías de acción conformes con la mente humana, aquellas que implican la proyección de ésta sobre el mundo externo de la evolución y el cambio. Todos los teoremas que la praxeología formula se refieren exclusivamente a las indicadas categorías de la acción y sólo tienen validez dentro de la órbita

en la que aquellas categorías operan. Dichos pronunciamientos en modo alguno pretenden ilustrarnos acerca de mundos y situaciones impensables e inimaginables». (Mises 1966, p. 36, [p. 44].

En otro lugar, sin embargo, Mises parece captar algo más ambicioso. Unos pocos años atrás había escrito:

«El primer punto a establecer es que ninguna de las fuentes de la información histórica a las que podemos acceder contiene nada que pueda sacudir el supuesto de la inmutabilidad de la razón. Nunca se ha intentado siquiera establecer concretamente en qué aspectos se habría modificado la estructura lógica de la razón a lo largo de los siglos. Los defensores del historicismo se verían en graves apuros si se les pidiera que ilustraran su tesis aduciendo algún ejemplo. [...] ¿En qué forma es la lógica de los pueblos primitivos estructuralmente diferente a nuestra lógica?» (Mises 1976, pp. 102-3, [166-7].

Aún más revelador:

«Las categorías del pensamiento y la acción humanas no son ni productos arbitrarios de la mente humana ni convenciones. No se encuentran fuera del universo y del curso de los eventos cósmicos. Son hechos biológicos y tienen una función definitiva en la vida y la realidad. Son instrumentos en la lucha del hombre por la existencia y en sus esfuerzos por ajustarse lo máximo que sea posible al estado real del universo y por eliminar el desasosiego tanto como su poder se lo permita. Son por tanto apropiados para la estructura del mundo exterior y reflejan las propiedades del mundo y la realidad. Trabajan y son en el sentido verdaderos y válidos.

Es por lo tanto incorrecto afirmar que la visión apriorística y el puro razonamiento no transmiten ninguna información sobre la realidad y la estructura del universo. Las relaciones lógicas fundamentales y las categorías del pensamiento son la última fuente de todo conocimiento humano. Son adecuadas para la estructura de la realidad, revelan esta estructura a la mente humana y, en este sentido, son para el hombre hechos fundamentales ontológicos». (Ibid, pp. 85-86)³.

³ Mises cita a Cohen (1931, pp. 202-05; 1994, pp. 41-44, 54-56, 179-87).

Estos conocimientos se aplican a la praxeología. La praxeología, la ciencia general de la acción humana, se refiere a las categorías de la acción. Los resultados sugieren un puente desde la praxeología hacia la epistemología y la metafísica, pasando por la lógica, que conceptualmente contiene a ambas. En el contexto de la explicación de por qué la ciencia general de la acción humana debe ser distinta de las ciencias físicas o naturales, Mises erige el andamio de este puente:

«El objeto específico de la praxeología, es decir, la acción humana, brota de la misma fuente que el razonamiento humano. Acción y razón son cogenéricas y homogéneas; se las podría considerar como dos aspectos diferentes de una misma cosa. Precisamente porque la acción es fruto de la razón, es ésta capaz de ilustrar mediante el puro razonamiento las características esenciales de la acción. Los teoremas que el recto razonamiento praxeológico llega a formular no sólo son absolutamente ciertos e irrefutables, al modo de los teoremas matemáticos, sino que también reflejan la íntima realidad de la acción, con el rigor de su apodíctica certeza e irrefutabilidad, tal como ésta, efectivamente, se produce en el mundo y en la historia. *La praxeología proporciona conocimiento preciso y verdadero de la realidad*». (Mises, 1966, p. 39, [2011, p. 48].

Especialmente con esto último, las sugerencias sobre un idealismo kantiano trascendental parecen disolverse. Desafortunadamente, Mises continúa:

«Nada sabemos acerca de cómo una inteligencia sobrehumana pensaría y comprendería. En el hombre toda cognición está condicionada por la estructura lógica de su mente, quedando aquella implícita en ésta. Así lo demuestran los éxitos alcanzados por las ciencias empíricas, o sea, la aplicación práctica de tales disciplinas. Dentro de aquellos límites en que la acción humana es capaz de lograr los fines que se propone, es obligado rechazar todo agnosticismo». (Íbid, p. 86, [Íbid, p. 104].

El énfasis está en el *hombre que actúa*. El resultado —así como la observación anterior sobre que esas categorías «trabajan» como principales para su justificación— un tipo de pragmatismo post-kantiano, quizás según lo defendido por Clarence Irving Lewis

(con el colectivismo de Lewis restado) (1956; y en Konvitz y Kennedy 1960, pp. 305-15). ¿Hay lugar para el agnosticismo a la vista de la aplicabilidad de las proposiciones de la lógica a seres distintos de los humanos o al mundo en general, considerados de nuestro pensamiento, independientemente sobre él y de su experiencia?

La acción es el empleo consciente de al menos un medio para conseguir al menos un fin imaginado previamente. Los medios empleados, así como el fin conseguido, considerado como un estado de cosas en el mundo, así como los medios y fines; son independientes del actor consciente, con el primero seleccionado de las opciones presentes en el entorno del actor. Lo mismo es cierto para los principios que aseguran que los medios seleccionados son apropiados para conseguir los fines deseados. *La acción*, esto es, es necesariamente *acción en el mundo* —en un conjunto de entornos que contienen objetos y procesos que se comportan de manera específica conforme a patrones específicos y se registran en nuestro aparato sensorial de formas específicas. Una vez que nos damos cuenta de esto, todas las sugerencias de idealismo trascendental y pragmatismo deben desaparecer⁴. Lo que sólo puede ser descrito como un realismo extremo —y (en contraste con la que es probablemente la escuela de pensamiento dominante en la academia filosófica hoy en día) un fundacionalismo extremo— surge para tomar su lugar⁵. Es el elemento apriorístico lo que apunta a este

⁴ Véase Gibson (1966) para una aproximación ecológica (el término de Gibson para algo que es en realidad por encima de todo muy aristotélico en su sentido de la percepción) que, aplicada a las situaciones de intereses de los investigadores austriacos, también sitúa la conciencia y la persona actuante en un medio de características determinadas.

⁵ El crítico más prominente del «fundacionalismo» entre los profesionales de la filosofía probablemente haya sido Richard Rorty; cf., de nuevo en su *Filosofía y el espejo de la naturaleza* persigue tendencias ya activas en las escuelas «analíticas» y «continentales» de la filosofía contemporánea y que han convergido como posmodernismo, el cual deniega la existencia de verdades transculturales y transhistóricas que puedan ser conocidas a favor de la dependencia histórica y cultural de todo conocimiento. Por fundacionalismo, Rorty no tiene una sola doctrina en mente sino muchas: platonismo, cartesianismo, idealismo trascendental kantiano, empirismo lógico, entre otras —las cuales todas sostienen que existe un «fundamento» epistemológico de los primeros principios, lógico o de otro tipo, o una matriz permanente de categorías o un conjunto permanente de objetos eternos u otro tipo de entidades aprehensibles de las cuales es tarea especial de la filosofía descubrir y elucidar. Basta con decir que si la Escuela

fundacionalismo, afirmando que un cierto conocimiento de verdades generales o universales puede ser tenido *a priori* según lo que Martian llama aprehensión. O como Hoppe, habiendo trabajado su camino a través del argumento kantiano, expresó esta idea:

«Debemos reconocer que tales verdades necesarias no son simplemente categorías de nuestra mente, sino que nuestra mente es una de personas que actúan. Nuestras categorías mentales tienen que ser entendidas como basadas últimamente en categorías de acción. Y tan pronto como esto se reconoce, toda sugerencia idealista desaparece inmediatamente. En lugar de eso, la epistemología que propone la existencia de proposiciones sintéticas *a priori* verdaderas se convierte en una epistemología realista. Puesto que se entiende como basada en última instancia en categorías de acción, el abismo entre lo mental y el mundo real, exterior y físico es superado. Como categorías de acción, tienen que ser cosas mentales tanto como características de la realidad. Porque es a través de acciones como la mente y la realidad entran en contacto». (Hoppe 1995, p. 20, [2007, p. 19]).

3

Este último punto nos lleva directamente a la *tercera* verdad que los investigadores austriacos deben conocer sobre la lógica —que sus proposiciones se aplican al mundo de formas que aprehendemos como causas y efectos; es decir, la categoría general de la *causalidad* se aplica al mundo. En otras palabras, el giro equivocado de Kant está en haber respondido al escepticismo humano con el *imposicionismo*: las categorías fundamentales (los fundamentos de la lógica, las relaciones deductivas, la causalidad y demás) no son aprehendidas de la realidad en sus diversos ejemplos concretos, sino que son impuestas por la mente humana en un *Ding-and-Sich* (Smith 1990b). El imposicionismo implicaría una «praxeología» cuyas categorías fundamentales son deducibles o reductibles sólo

Austriaca es la correcta, entonces el posmodernismo está equivocado de los pies a la cabeza, y que si el posmodernismo es cierto (en cualquier sentido que pueda tener) entonces todos somos delirantes.

a nuestras «leyes del pensamiento» y podrían ser diferentes para una inteligencia no humana. Considérense sus observaciones sobre la relación entre la acción humana y la causalidad:

«El hombre actúa porque es capaz de descubrir relaciones causales que provocan cambios y mutaciones en el universo. El actuar implica y presupone la categoría de causalidad. Sólo quien contemple el mundo a la luz de la causalidad puede actuar. En tal sentido, se puede decir que la causalidad es una categoría de la acción. La categoría de medios y fines presupone la categoría de causa y efecto. Sin causalidad ni regularidad fenomenológica no sería posible ni el raciocinio ni la acción humana. Tal mundo sería un caso, en el cual el individuo se esforzaría vanamente por hallar orientación y guía. El ser humano incluso es incapaz de representarse semejante desorden universal.

No puede el hombre actuar cuando no percibe relaciones de causalidad. Pero esta afirmación no es reversible. En efecto, aun cuando conozca la relación causal, sino puede influir en la causa, el individuo tampoco puede actuar». (Mises 1966, p. 22, [2010, p. 28]).

Esto hace mucho más para responder al escepticismo de Hume. Esto deshace el principio de la acción de otra forma, como una manera de inferir *a priori* la categoría de la causalidad: se conoce independientemente de la experiencia en el sentido de que la acción exitosa en el mundo la presupone. Esto es por lo que, en cualquier situación, casi automáticamente buscamos su causa o consecuencias —asumiendo sin preguntarnos seriamente que tal relación existe para ser encontrada. Dicho de cualquier situación, «Esto fue causado por nada en absoluto; simplemente surgió en la existencia por completa casualidad», no tiene sentido y en la práctica nunca será contemplado. Así que aunque debemos descubrir causas particulares (o un sistema de causas) por medios empíricos, la categoría de la causalidad en sí misma nunca está en cuestión.

Carl Menger, por supuesto, enfatizó la causalidad hasta el punto de convertirla en el objeto de su primer párrafo de sus *Principios de economía política*, escribiendo:

«Todas las cosas se hallan sujetas a la ley de causa y efecto. Este supremo principio no tiene excepciones. Inútilmente buscaremos

en el ámbito de la empírica un ejemplo que demuestre lo contrario. El constante progreso humano o tiende a invalidar este aserto, sino más bien a confirmarlo, a ampliar cada vez más el conocimiento de su esfera de aplicación. Así pues, el progreso humano está asociado al firme e inalterado reconocimiento de su vigencia». (Menger 1994, p. 51, [2012, p. 30]).

Menger procede a situar las necesidades humanas y las condiciones para su satisfacción en este mundo gobernado por una causalidad conocida *a priori*. La naturaleza *a priori* de la categoría, por supuesto, no nos informa sobre las condiciones específicas de los eventos que forman nuestra experiencia diaria. Esto sólo puede ser descubierto por la experiencia. Nuestra percepción de que un suceso dado tiene una causa (o, más concretamente, un conjunto necesario y suficiente de condiciones), ha sido un problema filosófico desde tiempos de Hume, cuya elucidación va más allá del alcance de lo que se puede intentar aquí. Basta con decir que, a veces, esta percepción es asombrosamente simple. Por ejemplo, no requiere mucha experiencia para un niño pequeño el darse cuenta de que al tocar un hornillo encendido *los hornos encendidos queman*. El niño rápidamente aprende a no tocarlos, mucho antes de que sea lo suficientemente mayor como para comprender algo tan abstracto como *causa y efecto*.

Por otra parte, no es a menudo percibido por los proveedores de estadísticas como una fuente de profundos conocimientos, que la correlación estadística no conlleva lógicamente a una afirmación causal. (La correlación puede ser fuerte, con numerosos ejemplos y libre de contraejemplos; por lo tanto, en ausencia de buenos motivos de duda, podría ser irrazonable negar la opinión de que existe una relación causal entre los hechos correlacionados). Esto se debe a que dichas interferencias tienen una estructura inductiva, no deductiva. Este resultado sugiere que un argumento apriorístico respecto a la causalidad como producto de un conocimiento intelectual puede ser mucho más fuerte de lo que parece a primera vista. En este caso, Hume puede estar en lo cierto en su juicio sobre que nunca experimentamos la causalidad en el sentido de un poder a través del cual un suceso produce otro. Su punto de partida, sin embargo, era su impresionismo: su convicción de que todo nuestro

conocimiento comienza con unidades de experiencia que llamó impresiones, y que cualquier idea que podamos tener, como la causalidad, debe ser rastreable a una impresión antecedente. Si no existe tal impresión a la que ser asociada con la causalidad, entonces según la visión humeana no tenemos una idea clara de ello. Esto era el empirismo en manos de Hume, e hizo nuestro conocimiento de las causas y los efectos misterioso en última instancia.

4

El villano, en este caso, es el empirismo como teoría del conocimiento. Esto nos dice la *cuarta* cosa que los investigadores austriacos deben saber sobre lógica: que la particular filosofía de la lógica incorporada en un apriorismo metodológico y este relato de la causalidad invitan ambos, tanto a una crítica devastadora al empirismo como a una epistemología comprensible, y promete una alternativa viable e igualmente comprensible. De hecho, escuelas económicas alternativas—inclusive orientadas a la libertad como la Escuela de Chicago—incorporan el empirismo a sus metodologías. Esto explica dudosamente por qué los defensores de esta última, como Milton Friedman (1991, p. 18), se han quejado de la «intolerancia» de Mises. Dichas acusaciones pueden ser ahora respondidas.

El empirismo se ha demostrado durante mucho tiempo insatisfactorio para los investigadores conscientes con muy poca ayuda de la Escuela Austriaca, sin embargo. El positivismo de hace 150 años de Auguste Comte propuso un empirismo militante como centro de toda metodología científica. Desde entonces, sin embargo, la metodología guiada por los supuestos empiristas se ha ido desintegrando poco a poco en el tiempo. En los escritos de Comte, la filosofía como tradicionalmente se había concebido es suplantada totalmente por la ciencia natural, concebida como una unidad cuya forma ideal es la física. La historia de la lenta disolución del pensamiento moderno bajo este cuerpo de supuestos es demasiado larga para ser contada aquí⁶. Para ser breves, y sin mantener que esta sea

⁶ Lo cuento en mi libro *In Defense of Logic Against Polylogism and Conventionalism*, pendiente de revisión.

la única aproximación posible⁷: en la filosofía de la lógica, así como en las matemáticas, el positivismo como método y el empirismo como epistemología llevan al *convencionalismo* en la filosofía de la lógica. Esta es la doctrina, a la cual hacía referencia Mises anteriormente, según la cual las leyes de la lógica (y las matemáticas) son combinaciones de signos ideados por nosotros, para nuestros propósitos, y que no guardan relación con la realidad. Son proposiciones analíticas, verdades por definición, designación o estipulaciones. La visión de que son proposiciones analíticas fue dada en su expresión más clara por el filósofo positivista lógico A.J. Ayer, quien, como es por todos conocido, escribió que:

«Los principios de la lógica y las matemáticas son universalmente válidos simplemente porque nunca les permitimos ser otra cosa. Y la razón para esto es que no podemos abandonarlos sin contradecirnos a nosotros mismos, sin pecar contra las reglas que gobiernan el uso del lenguaje, y sin hacer nuestras declaraciones autocontradictorias». (Ayer 1962, p. 77).

Si los principios de la lógica y las matemáticas son verdaderos «porque nunca les permitimos ser otra cosa» (lo cual implica que *nosotros* hacemos la elección) ¿entonces por qué es imposible abandonarlos? ¿Por qué es imposible buscarles alternativas que no «pequen» contra las reglas del lenguaje? A tal pregunta, el positivismo lógico y su inmediato sucesor, el empirismo lógico, nunca han contestado. También frustrante para el positivismo lógico y el empirismo lógico de la filosofía de la lógica fue la enorme aplicabilidad de razones, tanto lógicas como matemáticas, a una variedad de problemas reales. Esto se hizo totalmente misterioso por el convencionalismo. Los problemas del mundo real han oscilado desde la estación cambiante hasta las condiciones específicas para plantar cultivos, hasta la aplicación por parte de modernas civilizaciones de cada vez más sofisticadas formas de matemáticas y otras relaciones puramente formales para la construcción de edificios, puentes, dispositivos electrónicos, cohetes espaciales, ordenadores de última

⁷ Para un enfoque algo diferente y posiblemente más estándar véase Hayek (1952) [2003].

generación; en una serie cada vez más amplia de maravillas de ingeniería y tecnológicas. En otro lugar he ofrecido una ilustración de los tortuosos intentos para reconciliar tales lugares comunes con el convencionalismo (Yates no publicado, chap. 5).

El empirismo en manos de los empiristas lógicos desencadenó incontables problemas técnicos (por ejemplo, Goodman's [1979, pp. 59-73]), aberrantes predicados «estremecedores» y «en pañales»⁸ así como paradojas como la del cuervo (pp. 70-72)⁹. Fue creciendo cada vez más lejos de las ciencias positivistas y de lo que los filósofos lógicos empiristas han decidido esclarecer¹⁰. La rebelión historicista, uno puede llamarla así (tengo aquí en mente a escritores como Norwood Russell Hanson [1958], Thomas S. Kuhn [1970] y Paul Feyerabend [1975]) desplazó el empirismo *lógico*, pero no derrocó el empirismo en sí. Ellos ofrecieron argumentos extensivos contra la idea de que sólo la experiencia (frases de observación enraizadas en los «datos de los sentidos», etc.) ofrece un tipo de base contra la cual las oraciones teóricas pueden ser probadas pero no vuelven a investigar la posibilidad de proposiciones capaces de aprehensión *a priori*. Ni siquiera el filósofo de la ciencia británica, Nicholas Maxwell, cuyo trabajo llega bastante cerca de romper la caja empírica; realmente rompe con la postura empirista más amplia. Maxwell (1974, pp. 123-53, 247-95) percibió que la ciencia realiza presuposiciones sustanciales *a priori* sobre el mundo,

⁸ Este ensayo fue originalmente dado como conferencia en la Universidad de Londres en 1953.

⁹ La idea aquí es, que «todos los cuervos son negros» es formalmente equivalente (por el movimiento puramente formal conocido como transposición) a «todas las cosas no negras no son cuervos». De acuerdo con el positivismo la única forma de confirmar la verdad de que «todos los cuervos son negros» es la experiencia; pero debido a su equivalencia formal, aquello que confirme que «todos los cuervos son negros» también confirma que «todas las cosas no negras no son cuervos», resultando el resultado absurdo de que la observación virtualmente confirma cualquiera afirmación universal que sea. Dichas paradojas, el trabajo que realmente consumió una gran parte de energía por parte de los filósofos académicos, ilustra en realidad la absoluta desesperanza de cualquier relato de ciencia basado en la negación de que la ciencia conlleve cualquier proposición *a priori* sobre el mundo.

¹⁰ Véase Whitehead (1929, p. 18): «La evidencia de que una metodología esté desgastada se hace pública cuando el progreso dentro de él no se preocupa por las cuestiones principales. Hay una época final de interminables disputas sobre cuestiones menores».

pero no infiere a partir de aquí un apriorismo, sino lo que llama empirismo orientado al objetivo, de acuerdo al cual no podemos realmente *saber* que nuestras presuposiciones *a priori* son verdad¹¹. No nos ve como capaces de captar intelectualmente verdades fundamentales, como hicieron Aristóteles, Tomás de Aquino o Maritain.

Por lo tanto —para hacer una larga historia demasiado corta— la disciplina de la filosofía se convirtió en una mezcla de naturalismo evolutivo (Quine¹², Kuhn [1970]), el behaviorismo epistemológico y materialismo eliminativo (Rorty [1979], los Churchlands [Churchland, Paul 1979 y Churchland, Patricia 1984]), y un relativismo absoluto o «anarquismo epistemológico» (Feyerabend [1975 y 1987]). Los investigadores austriacos, como hemos dicho antes, deben conocer los fundamentos de la lógica sobre los cuales la Escuela Austriaca de economía emerge vía razonamiento deductivo; también deben conocer cómo la alternativa empirista se ha desintegrado en los últimos 60-80 años. Este conocimiento ofrecería un arma retórica formidable contra *todas* las escuelas empiristas de economía. Mises, de hecho, anticipó la crítica a los «filósofos historicistas de la ciencia» (Hanson, Kuhn, Feyerband, y otros):

«Nada es más claramente una inversión de la verdad que la tesis del empirismo según la cual las proposiciones teóricas se logran a través de la inducción sobre la base de una observación sin presuposición de los «hechos». Es sólo con la ayuda de una teoría como podemos determinar cuáles son los hechos. [...] Aplicar el lenguaje, con sus palabras y conceptos, a cualquier cosa es al mismo tiempo abordarlo con una teoría. Inclusive los empiristas, quienes supuestamente trabajan sin proposiciones, hacen uso de herramientas teóricas. Se distinguen de aquellas producidas por una teoría científica sólo en ser menos perfectas y por tanto también menos útiles». (Mises 1976, p 28)¹³.

¹¹ El trabajo de Maxwell merece mayor atención de la que ha recibido. Su último libro lleva el provocativo título de *The Comprehensibility of the Universe: A New Conception of Science* (1998).

¹² Véase Quine (1969), especialmente el ensayo «Epistemology Naturalized», pp. 69-90.

¹³ Pese a que no hay espacio para desarrollar el punto aquí, Mises podría decirse que se ha anticipado, en este pasaje, por treinta años a aspectos importantes de las

Estas escuelas —de empirismo lógico, historicismo, behaviorismo y demás— se encuentran totalmente desarrolladas. No tienen más que aportar. La mayoría de los filósofos contemporáneos son totalmente independientes. Pueden hablar en ocasiones sobre cuestiones más amplias, pero de una forma separada de todos los fundamentos epistemológicos, de acuerdo con el ataque de Rorty. Las humanidades contemporáneas generalmente sólo conceden contingencia histórica y cultural; insisten en que nos esforzamos no por la objetividad sino por la solidaridad, entendida epistemológicamente como una búsqueda del consenso, no por una verdad metafísica como correspondencia con la realidad (Rorty 1989; Smith 1988). Dichas nociones por naturaleza no pueden ir más allá de la opinión —¡opiniones poco probables de intereses a los políticos!— ¡porque trabajan desde la premisa de que la opinión es todo lo que hay! Algunas opiniones son mejores de creer para nosotros (por ejemplo, «el amor es mejor que el odio»); otras no. Por qué esto es así es una pregunta que los posmodernistas, al acosar a la naturaleza académica contemporánea, nos habrían dejado de lado como un sinsentido o inútil. La psicología contemporánea ha mostrado mayor interés en aquellas que intentan o planifican algún tipo de sociedad con una economía dirigida. En ausencia de fundamentaciones que puedan construir una visión moral de la vida humana, la psicología contemporánea se deja llevar por los intereses de aquellos que manipularían a los demás, trabajando particularmente a través de las instituciones de educación pública (patrocinadas por el Estado) (Eakman 1998). Esto ilustra los peligros culturales y educacionales de abandonar la verdad y el intelecto.

5

Anteriormente, hemos observado el extenso argumento de Aristóteles según el cual los esfuerzos por negar el principio de contradicción resultan ininteligibles. Asimismo, varios autores, incluidos

visiones de Kuhn —menos, por supuesto, la epistemología defectuosa que plagaba *The Structure of Scientific Revolutions* y que consiguió marcar a Kuhn (falsamente) como un relativista.

Hoppe (1995, p. 61) y Selgin (1990, p. 15), han observado que la negación de que el hombre actúa sería en sí misma una acción, concluyendo que el principio de acción es autoevidente. Esto apunta hacia la *quinta* cuestión que los investigadores austriacos deben conocer sobre lógica: hubiera sido más simple demoler las ilusiones comteanas iniciales al haber señalado las contradicciones performativas que conllevan. Una *contradicción performativa* es una proposición cuyo contenido es falsado por el acto (o actos) de pronunciarla. La negación de que el *hombre actúa* es un ejemplo —ya que las negaciones en sí mismas son *acciones*. No tiene sentido comprenderlas de cualquier otro modo.

La contradicción performativa, sin embargo, es sólo uno de los tipos dentro de una estrategia lógica mayor de razonamiento que puede ser aplicada a todas las formas de empirismo. Así es como funciona. La afirmación central de empirismo, que todo conocimiento surge a través o es deducible de alguna forma por la experiencia sensible, no puede por sí mismo surgir a través o ser reducido de algún modo a la experiencia sensible. No es ese tipo de afirmación. Así, la afirmación central del empirismo, si se acepta como verdad, se encuentra en la posición embarazosa de ser un contraejemplo de sí misma. Por abordar esto desde una posición ligeramente diferente: la validación de la experiencia sensible —la idea, esto es, de que los sentidos nos ofrecen conocimiento fiable al menos una parte del tiempo, como opuesta a los sueños y horóscopos— no puede por sí misma ser encontrada en la experiencia sensible, ya que esto evitaría el tema. Es decir, el empirismo no puede «impulsar» su camino a la autovalidación. La *quinta* cuestión que los investigadores austriacos deben saber sobre lógica y sus implicaciones, en este caso: las tesis generales que implican la experiencia humana, el conocimiento humano, el razonamiento humano así como la acción humana, son invariablemente autoaplicables. La negación de algunas de estas tesis es *autorreferencialmente inconsistente*, por utilizar el término utilizado por Frederic B. Fitch (1952, app. C), un lógico matemático que fue inusualmente sensible a las implicaciones filosóficas objeto de su estudio. La contradicción performativa es entonces una variante de la inconsistencia autorreferencial. Se aplica al mismo núcleo del dogma empirista: que adquirimos conocimiento sólo a través de la observación, y nunca

a través del puro razonamiento, independiente a la observación. Como también señala Hoppe (1995, p. 61), el empirismo no observa realmente a personas *actuando*; lo que *observa* son movimientos corporales, lo que Skinner llama comportamiento verbal (discursos), y demás. De hecho, el conductismo es la aproximación más lógica a considerar en el estudio de los seres humanos, si el empirismo es su punto de partida —sin embargo, lo paradójico es el dilema del «conductista pensante» así como el conductista actuante que *defiende* el conductismo ante una audiencia de personas que tratan de *decidir* si los argumentos en defensa del conductismo son racionalmente fundamentados (Lovejoy 1992, p. 135-47). La acción humana sólo puede ser entendida —y validada— por una argumentación *a priori* y metodológica, y esto supone asimismo una epistemología apriorística. La última justificación para estos movimientos es (1) el principio aristotélico de contracción y (2) el principio adicional de que las tesis generales sobre los seres humanos y sus actividades, dado que son formuladas y defendidas por seres humanos, necesariamente se aplican a sí mismas, esto es, son autorreferenciales a la vista de la actuación que conllevan al formularse, articularse y defenderse con argumentos¹⁴.

6

Hay una *sexta* cosa que los investigadores austriacos deben saber sobre lógica, y esta es: dados nuestros resultados hasta ahora, existe una y sólo una lógica correcta —pese a las propias objeciones ocasionales de Mises. Ocasionalmente sugiere la posibilidad de seres que posean diferentes conjuntos de categorías lógicas —subhumana o superhumana— o cuya razón sea transitoria¹⁵. Es ahora posible tanto como necesario dejar esta ambigüedad en reposo

¹⁴ Para una articulación y defensa ulterior de estas cuestiones véase Yates (sin publicar, capítulo 4).

¹⁵ Véase, por ejemplo, Mises (1966, pp. 33-34), donde sugiere que «la razón, el intelecto y la lógica son un fenómeno histórico» que son «transitorios» y presentan una «fase histórica entre la lógica prehumana por un lado y la lógica superhumana en el otro». Tales pasajes muestran que inclusive los grandes pensadores son sólo humanos y tienen lapsus ocasionales en el juicio.

—volviendo al Mises que escribió el párrafo anterior sobre la «inmutabilidad» de la razón. Las proposiciones en los fundamentos de la lógica son inmutables (¡aunque la capacidad de una persona para captarlas puede, de hecho, ser transitoria!). ¿Puede alguien suponer seriamente que los principios de identidad y contradicción son «verdaderos para nosotros» pero no «verdaderos para Dios» (por ejemplo)? ¿O que sea posible que para Dios pueda haber y no pueda haber casas en Elm Street en el mismo tiempo y lugar, o que Dios podría hacer que siete y cinco sumen un número distinto de doce? (Clark 1985, pp. 117-31). ¿Es posible que los cerebros y sistemas nerviosos de una hipotética especie extraterrestre inteligente sean suficientemente diferentes de los nuestros como para personificar diferentes leyes de la lógica y sistemas de matemáticas? Sostengo que la persona que formula tal hipótesis no ha aprehendido realmente estas leyes o entendido el argumento fundamental de Aristóteles —ciertamente uno de los más importantes en toda la historia de la filosofía occidental— que cualquier intento inteligible de poner en duda el principio de contradicción o de ponerlo de lado lo presupone, e invalida cualquier escepticismo hacia él. Ahora, podemos encontrar científicos que sugieran que el cerebro de cada especie construye su propio universo —que en sí mismo es una construcción del sistema nervioso de una especie (Jerison 1976, pp. 92-101). Esto plantea de nuevo la cuestión de la situación del cerebro y los sistemas nerviosos que realizan los estudios. ¿Son «construcciones» de sí mismos? (Katz y Frost 1979, pp. 35-44). Bien pudiera ser que el cerebro de una especie «construya» una percepción sensorial que diferirá de especie en especie en relación con la capacidad de los sentidos de sus miembros para registrar entradas sensoriales, proporcionando así una «sección transversal» de lo que sea real, que de hecho será extremadamente difícil para un miembro de otra especie, incluso de imaginar en términos de apariencia (Nagel 1974, pp. 435-50; Lettvin y otros, 1959, pp. 1940-51). Pero necesariamente (para especies capaces de funcionar a nivel conceptual, de todas formas) las leyes de la lógica, las matemáticas y la praxeología son invariables. Hay una vez más, como mucho, una lógica —¡inclusive para superhumanos, extraterrestres y Dios mismo!

Todas las formas de lo que Mises llamó *polilogismo* son, por tanto, falsas e imposibles. Las propias observaciones de Mises son

dirigidas en contra de las dos formas de polilogismo, el polilogismo marxista clásico y el polilogismo racista (Mises 1966, pp. 72-91). El primero sostenía que la burguesía y el proletariado experimentaban el mundo de formas distintas ya que empleaban diferentes «lógicas». El segundo sostenía que los diferentes grupos raciales tienen diferentes «lógicas». Ambas posiciones están aún en circulación. De vez en cuando todavía se puede oír a marxistas recurrir a conceptos como «conciencia de clase». Este último se reconoce instantáneamente en la «afrocentricidad» y las diversas formas de multiculturalismo que acechan también el ambiente académico actual; normalmente viene acompañado por lo que podría llamarse polilogismo radical femenino y otros más (Yates no publicado capítulo 1).

Lo que refuta cada forma de polilogismo es la comprensión de que puede haber como máximo un conjunto de categorías lógicas cuya naturaleza exacta está implícita en los principios aristotélicos de identidad y contradicción, junto a sus colorarios. A éstos no puede haber coherentes alternativas inteligibles, sólo diferentes niveles de dominio¹⁶. Esta comprensión crea las condiciones para que un investigador austriaco se pueda diferenciar radicalmente (en el sentido original y más elevado del término) de los modos de pensamiento que se han convertido en dominantes en la academia de gran parte del resto de la educación superior hoy en día. Hay libertarios que han intentado mantener lo que sin duda consideraban una distancia de seguridad respecto a la Escuela Austriaca de economía —bajo la concepción errónea de que el pensamiento misesiano inculca una visión *homo economicus* de la condición humana¹⁷. Mises, sin embargo, no realiza tal suposición (Mises 1966, p. 62). Afirma, contrariamente a los objetivistas seguidores de Ayn Rand, que la acción humana está motivada por factores

¹⁶ Véase de nuevo Yates (sin publicar, capítulo 4). Para análisis reciente favorable de la defensa aristotélica del principio de contradicción véase Rasmussen (1973, pp. 149-62).

¹⁷ Véase por ejemplo Machan (1990, pp. 18-19). Pese a no discutir a Mises o a la Escuela Austriaca *per se* los argumentos de Machan en *The Moral Case for the Free Market Economy* (1988; 2000) no son relevantes para esta cuestión. La disputa libre albedrío/determinismo es una pesadilla filosófica que va mucho más allá de lo que se pueda intentar aquí.

distintos a la razón en su sentido (p. 46). Pero esto es sólo para decir que la acción humana, una de muchos tipos de fenómenos que tienen lugar en el mundo, inclusive debe entenderse «desde el interior», *a priori*, en lugar de «desde el exterior», empíricamente, debido a la relación especial que los seres humanos mantienen con sus propias acciones.

7

Con esto llegamos a la cuestión final. Se plantea en el título, no es sólo lo que los investigadores austriacos deben saber sobre lógica, sino por qué los investigadores austriacos deben saber lógica. En gran medida, el *qué* debió ser respondido con el *por qué*. Pero unos comentarios adicionales son pertinentes. El paradigma austriaco, como cualquier otro que a menudo aborde cuestiones técnicas, se encuentra siempre en peligro de convertirse en sólo una aproximación más no sólo especializada sino especialista. Esto es, podría considerar el abordar los problemas técnicos como un fin en sí mismo (Maxwell 1980, pp. 19-81). Un paradigma austriaco que avance a plena luz de sus premisas tanto lógicas como epistemológicas, así como de sus premisas metodológicas, tiene el potencial para abordar otras áreas distintas a la economía. Indudablemente algunos de sus resultados en filosofía o en psicología (donde ofrece un potencial muy preciso y una alternativa sistemática a escuelas como el behaviorismo), retroalimentan a la economía, quizás arrojando luz sobre cuestiones en economía de maneras que ninguno de nosotros puede predecir por adelantado, pero que no querríamos que fueran descartadas.

Mientras tanto, la aproximación propuesta aquí sugiere que los investigadores austriacos sean plenamente conscientes de la estructura lógica de tales pasos, como la defensa del principio de acción y la consiguiente defensa de la comprensión *a priori* de la acción humana. Deben ser conscientes de las ampliaciones e implicaciones epistemológicas y metafísicas de los resultados. Esto es para que tales avances puedan ser ejercidos eficazmente en campos de estudio vecinos. Esto nos permitiría observar con carácter general el paradigma austriaco como un paradigma más amplio

(en el sentido de Kuhn salvo en el naturalismo evolutivo de Kuhn, amenazado por problemas de autoaplicación) para la escuela (Rothbard 1997, pp. 195-210). La mejora de las posibilidades aquí es el hecho de que la Escuela Austriaca gana lentamente, pero de forma segura, en reconocimiento entre una nueva generación de investigadores, como la única que tiene una explicación viable de los problemas del mundo real, tales como que los «auges» (por ejemplo, el de finales de los 90) son seguidos invariablemente por «depresiones» (comienzos de 2000). Manteniendo libre la mentalidad de la especialidad, este paradigma aborda los temas de nuestro tiempo de forma directa y no evasiva. En última instancia, proporciona el fundamento intelectual para cualquier hipotética sociedad libre, basada en las acciones e interacciones libres de seres humanos que viven en el mundo real, la cual podría ser erguida sobre la cima del Estado omnipotente y las fuerzas del positivismo, el polilogismo y otras formas de irracionalismo que lenta, pero de forma segura, la destruirían.

FUENTES

- ARISTÓTELES, 1941, *Methaphysics*, en *The Basic Works of Aristotle*, Richard McKeon, ed. Nueva York: Random House [*Metafísica*, 1875, Medina y Navarro, Madrid].
- AYER, A.J., 1962, *Language, Truth and Logic*, 2ª ed. Nueva York: Dover Books.
- CHURCHLAND, Patricia Smith, 1984. *Neurophilosophy*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- CHURCHLAND, Paul, 1979. *Scientific Realism and the Plasticity of Mind*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CLARK, Gordon H., 1985. *Logic*. Jefferson, Md.: The Trinity Foundation.
- COHEN, Morris, 1944. *A Preface to Logic*. Nueva York: Henry Holt.
- 1931. *Reason and Nature*. Nueva York: The Free Press.
- COHEN, Morris y Ernest Nagel, 1934. *An Introduction to Logic and Scientific Method*. Nueva York: Harcourt, Brace and World.
- EAKMAN, B.K., 1998. *Cloning of the American Mind*. Lafayette, La.: Huntington House.

- FEYERABEND, Paul, 1987. *Farewell to Reason*. Londres: Verso.
- 1975. *Against Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge*. Londres: New Left Books.
- FITCH, Frederic B. [1946] 1952. «Self Reference in Philosophy». *Mind* 55: 64-73. Reimpreso en su *Symbolic Logic: An Introduction*. Nueva York: Ronald Press.
- FRIEDMAN, Milton. 1991. «Say 'No' To Intolerance». *Liberty* (Julio): 18.
- GIBSON, J.J. 1966. *The Senses Considered as Perceptual Systems*. Boston: Houghton Mifflin.
- GOODMAN, Nelson. 1979. «The New Riddle of Induction». En *Fact, Fiction and Forecast*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- GORDON, David. 2000. *An Introduction to Economic Reasoning*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute.
- 1996. *The Philosophical Origins of Austrian Economics*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute.
- HANSON, Norwood. 1958. *Patterns of Discovery*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HAYEK, Friedrich A. 1952. *The Counterrevolution of Science. Studies in the Abuse of Reason*. Glencoe, Ill.: The Free Press. [*La contrarrevolución de la ciencia. Estudios sobre el abuso de la razón*. 2003. Unión Editorial. Madrid].
- HOPPE, Hans-Hermann. 1995. *Economics Science and the Austrian Method*. Auburn, Ala.: The Ludwig von Mises Institute [*La ciencia económica y el método austriaco*. Mises Hispano. Traducción de Dante Bayona].
- JERISON, Harry J. «Paleoneurology and the Evolution of Mind». *Scientific American* 234 (enero): 92-101.
- KATZ, Stuart y Gordon Frost. 1979. «The Origins of Knowledge in Two Theories of Brain: The Cognitive Paradox Revealed». *Behaviorism* 7: 35-44.
- KUHN, Thomas S. 1970. *The Structure of Scientific Revolutions*. 2ª ed. Chicago: University of Chicago Press.
- LETTVIN, J.Y., H.R. Maturanas, W.S. McCulloch y W.H. Pitts. 1959. «What the Frog's Eye Tells the Frog's Brain». *Proceedings of the Institute of Radio Engineers* 47 (4): 1940-51.
- LEWIS, Clarence Irving. 1960. «The Pragmatic Conception of the A Priori». En *The American Pragmatists*. M. Konvitz y G. Kennedy, editores. Nueva York: Meridian Books.

- LOVEJOY, Arthur O. 1922. «The Paradox of Thinking Behaviorist». *Philosophical Review* 31: 135-47.
- MACHAN, Tibor R. 2000. *Initiative: Human Agency and Society*. Stanford, California: Hoover Institution Press.
- 1990. *Capitalism and Individualism: Reframing the Argument for the Free Society*. Nueva York: St. Martin's Press.
- 1988. *The Moral Case for the Free Market*. Lewiston, Nueva York: Edwin Mellon Press.
- MARITAIN, Jacques. 1946. *Formal Logic*. Nueva York: Sheed y Ward.
- MAXWELL, Nicholas. 1998. *The Comprehensibility of the Universe: A New Conception of Science*. Oxford: Clarendon Press.
- 1980. «Science, Reason, Knowledge and Wisdom: A Critique of Specialism». *Inquiry* 23: 19-81.
- 1974. «The Rationality of Scientific Discovery». *Philosophy of Science* 41: 123-53, 247-95.
- MENGER, Carl. [1871] 1944. *Principles of Economics*. Grove City, Pennsylvania: Libertarian Press [*Principios de economía política*, Unión Editorial, 2012, Madrid].
- MISES, Ludwig von. 1976. *Epistemological Problems of Economics*. Nueva York: New York University Press [*Problemas epistemológicos de la economía*, Unión Editorial, 2013, Madrid].
- 1966. *Human Action*. 3ª ed. Revisada. Chicago: Contemporary Books [*La acción humana. Tratado de economía*, Unión Editorial, 2010, Madrid].
- 1962. *The Ultimate Foundation of Economic Science: An Essay on Method*. Kansas City, Misuri: Sheed Andrews y McMeel [*Los fundamentos últimos de la ciencia económica. Un ensayo sobre el método*, Unión Editorial, 2012, Madrid].
- NAGEL, Thomas. 1974. «What Is It Like To Be a Bat?» *Philosophical Review* 83 (1974): 435-50.
- QUINE, W.V. 1969. *Ontological Relativity and Other Essays*. Nueva York: Columbia University Press.
- RASMUSSEN, Douglas B. 1973. «Aristotle and the Defense of the Principle of Contradiction». *The Personalist* 54: 149-62.
- RORTY, Richard. 1989. *Contingency, Irony and Solidarity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1979. *Philosophy and the Mirror Nature*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

- ROTHBARD, Murray N. 1997. «New Light on the Prehistory of the Austrian School». *The logic of Action*, Vol. 1. Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar. [Nueva luz en la Prehistoria de la Escuela Austriaca, Mises Hispano, 2015. Traducido por Mariano Bas Uribe].
- SELGIN, George A. 1990. *Praxeology and Understanding*. Auburn, Alabama: Ludwig von Mises Institute.
- SMITH, Barbara Herrnstein. 1988. *Contingencies of Value: Alternative Perspectives for Critical Theory*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.
- SMITH, Barry. 1994. *Austrian Philosophy: The Legacy of Franz Brentano*. Chicago: Open Court.
- 1990a. «Aristotle, Menger, Mises: An Essay in the Metaphysics of Economics». En *Carl Menger and His Legacy in Economics*. Bruce Caldwell, ed., Durham, N.C.: Duke University Press.
- 1990b. «The Question of Apriorism». *Austrian Economics Newsletter* (otoño).
- WHITEHEAD, Alfred North. 1929. *The Function of Reason*. Boston: Beacon Press.